



Algunas de las nuevas imágenes que proponen los fotógrafos de moda, como Guy Bourdin en "Vogue", parecen sacadas del mundo de James Hadley Chase.

ALTA COSTURA EN EL CASTILLO DE SADE

HOY HACE VENDER LA IMAGEN DE LA MUJER MUERTA O FORZADA.

FOTOS DE MODA QUE NOS PRODUCEN ESCALOFRIOS.

El asunto es delicado, como lo es siempre todo lo relacionado con las costumbres. Prohibición familiar, tabú social, hay que fijarse siempre donde se pisa. Cada vez que admitimos que algo nos sorprende hay un rastro de ratificación que permanece: pero en cuanto se comienza a discutir hacen su aparición los márgenes trágicos del puritanismo. Para ir al grano, se trata de imágenes de putas en las revistas de moda francesas. Imágenes de mujeres ligando en pleno bosque de Bolonia, mujeres muertas sobre una alfombra, el cuerpo de una mujer violada, sobre una acera, y toda una serie de jovencitas envueltas en raso, perfumes y ríos de diamantes. Alicia ha entrado en el mundo de James Hadley Chase, y el horizonte se presenta más bien sombrío.

Todo ello comenzó hace algo más de tres meses. Con la presentación de las últimas colecciones —entonces vimos cómo los invitados eran recogidos por ambulancias— y los números que publicaron a partir de entonces las revistas de modas. Al menos estaremos de acuerdo en una co-

sa, y es que todo este asunto es cuando menos extraño. Extraño porque se trata de fotos de moda, fotos de un acontecimiento que después de todo es una fiesta, pero esta última Navidad de 1977 ha sido más bien siniestra. Extraño porque son fotos publicitarias, calculadas para estimular a la compra y a la emulación del modelo. Pues bien, resulta que lo que hoy hace vender es la imagen de la mujer muerta o violada, la imagen de la mujer esclava o su refracción, la mujer-ama, la imagen de la Venus de las pieles. Y esto no deja de producirnos un cierto escalofrío.

Claro que nuestra época no se caracteriza precisamente por el romanticismo. En los Estados Unidos, las últimas películas tienen a niños como protagonistas, y la prostitución infantil alcanza su punto más alto (ver TRIUNFO, número 779: "Porno infantil: la nueva pesadilla americana"). En Francia, un reciente sondeo indica que un 51 por 100 de los telespectadores están a favor de que puedan pasar por TV los films pornográficos. Nos hemos acostumbrado —en los ti-

KATIA D. KAUFF nes, en los túneles del Metro, en las páginas de las revistas de moda— a los senos hermosos y turgentes anunciando sujetadores, al fetichismo de la ropa interior. Hemos integrado por completo esa pornografía ambiente.

¿Había que dar un paso más a fin de vencer el embastamiento que acompaña a la saturación? Parece que sí. La mayoría de



Las modelos elegidas por Guy Bourdin en esta ocasión tienen un aspecto ambiguo de niñas-putas. (Foto publicada en "Vogue".)

los grandes fotógrafos de moda se inspiraron hoy en el sadismo. Aunque hay excepciones. Cuando, en las fotos de Sacha, vemos mujeres con aire de amigas o compañeras, respiramos tranquilos: es como una ráfaga de aire fresco que nos llega de pronto. Frank Horvat nos introduce en amables ambientes familiares que pueden resultar incluso verosímiles en Navidades. Y las hermanas ideales que fotografía Sarah Moon nos hacen todavía soñar despiertos. Sin embargo, estas imágenes son raras.

Ver un síntoma en todo esto tal vez sea precipitado, pero es "Vogue" sin lugar a dudas, quien ha llegado más lejos —si es que se puede decir así cuando es la muerte la que está al final del camino—. ¿Cabe acaso deducir de esto que el público de "Vogue" está más liberado o más obsesionado sexualmente que la gente de la calle? No es tan seguro. Sin embargo, para una encuesta sobre la sexualidad de las clases altas, estas fotografías constituirían un buen elemento de estudio.

El amor es libre, pero es también brutal, es triste, y con frecuencia por ambas partes. Por lo menos en estas fotos heladas. El amor deambula entre los arrabales de Montreuil y la plaza Pigalle y va y viene por las aceras archigastadas del bulevar Marqués de Sade. No es un paisaje alegre y huele más bien a cerrado, pero es así. Para vender pieles, Barbieri ha utilizado imágenes de putas. Putas hermosas, como mujeres de mundo paseando por la calzada, en pleno bosque de Bolonia.

Quando pasan junto a ellas los automóviles reducen la marcha y de sus faros sale un rápido destello. No se puede negar que como fotos son hermosas, pero la idea resulta un tanto

extraña. Sobre todo si tenemos en cuenta que por lo general cuando se fotografía a putas auténticas, aun cuando se trate de mujeres hermosas, suelen aparecer más bien feas en las fotos.

Ni siquiera el "sex-appeal" es lo que era. El amor ha abandonado para siempre los campos, ha acudido a la escuela y ahora lo llaman erotismo. A Helmut Newton le gusta fotografiar a sus modelos en la contraluz de la ventana. Así consigue efectos visuales sorprendentes: la sombra de una barra de la ventana penetra entre los muslos abiertos de la mujer. Newton dice de la relación amorosa: es una simple cuestión de herramientas. Ahora que la quincallería comienza a agotarse, Newton entra en el gimnasio. Atleta masculino con traje ceñido y maniquí vestida de cuero negro: duro cuerpo a cuerpo entre ambos. ¡Qué raro que no aparezca siquiera un látigo!... Los fotografías son como todo el mundo, a veces tienen ideas extrañas. Pero son las que flotan en el ambiente.

Otro tanto cabe decir de las relaciones entre mujeres que aparecen en estas imágenes publicitarias, imágenes terribles. En un cuadro de Rembrandt, que figura en el Louvre, y que representa a Batsabé con su sirvienta, vemos en la mirada que aquella deja caer sobre ésta y,

recíprocamente, en la que ésta eleva hacia aquélla una cierta insinuación de complicidad: o al menos, esa parte de ternura y de ironía que implica toda complicidad. Nada de eso hay en las fotos de ama y criada de Guy Bourdin: aquí sólo una mujer, la primera, tiene todos los derechos; la otra debe limitarse a cumplir su deber. No es lo mismo: adió a la sensualidad bíblica; ya sólo nos enfrentamos a una pobre historia sin libertad.

Recostada contra la pared, en una esquina, aparece en otra foto una muchacha vestida de visión que tiene un cierto parecido con Marilyn Monroe y a la que un hombre está metiendo mano. En primer plano, unas bragas de seda. Tal vez sólo se trate de una escena de amor entre los cubos de la basura, pero uno no puede evitar pensar en una violación. Aunque aquí Marilyn aparece riendo. Y uno se siente incómodo. Igual que frente a esas ninfas de aspecto enfermizo y esas imágenes que sugieren la sobredosis a los doce años. Uno se siente incómodo porque es extraño y cuesta acostumbrarse a ello. No tiene nada que ver con la gazmoñería. Ocurre sólo que el negro de la dama es exagerado y que su perfume huele, sí, huele demasiado a muerte. ¡Dichosas Navidades!

"Le Nouvel Observateur".



Quand les fleurs sont fanées, la coupe fleurit encore.

Cuerpos de mujer tendidos en la affombra, cadáveres elegantemente vestidos, forman parte de este nuevo mundo creado por la publicidad de la alta costura. Foto de Guy Bourdin, aparecida en "Vogue" de diciembre-enero.



Antoni Ros Marbá, nuevo titular de la Orquesta Nacional.

Acerca de un relevo

PUES nada, sucedió que el director general de Música decidió no renovar a Frühbeck su contrato de titular de la Orquesta Nacional y en su lugar puso a Antoni Ros Marbá. La cosa, a primera vista, no tiene por qué llamar la atención: lo mismo que hay orquestas que mantienen a sus directores titulares con carácter casi vitalicio —la de Filadelfia, la Filarmónica de Berlín—, existen otras que los cambian con relativa frecuencia. Son formas distintas de ver las cosas.

Sin embargo, en el caso del relevo del titular de la Nacional debe haber algo más, y ese algo más debe ser algo raro, porque si no no se explica que tanta gente se tire los trastos a la cabeza discutiendo sobre si la decisión es "democrática" o "antidemocrática".

A mí, la verdad es que en todo esto hay una cuestión de principio que me indigna, y es la absoluta sumisión con que en este país se acatan los tópicos de moda. Hasta hace poco, lo importante era saber si cualquier asunto, incluso el penalty que señalara un árbitro, era "reaccionario" o "progresista" —normalmente, el penalty era progresista si se señalaba en contra del Real Madrid—. Hoy, ni siquiera nos movemos a esos niveles tan generales: aquejados de coyunturalismo, tenemos que andar devaránndonos los sesos para decidir si esto es "democrático" y aquello "antidemocrático", y ahora le ha tocado el turno a la cuestión de la sustitución del señor Frühbeck. Pues miren ustedes por dónde: a mí lo del "democratismo" de la tal cuestión me importa un soberano rábano. Lo que me interesaría saber es si se trata de una feaña personal o de un hecho puramente objetivo; si es una manobra o una decisión política racional; sobre todo, si redundará o no en beneficio de la música española.

Y ahora, lector, llega el momento de expresar mi perplejidad: he dicho que me interesaría saber todas esas cosas porque es que no las sé. La sustitución de Frühbeck es un acto de la máxima autoridad musical que, para su comprensión, requiere ser insertado en el contexto de otra serie de actos y decisiones, contexto que configura la política de esa máxima autoridad. Pero yo, señores, no sé absolutamente nada de esa política. El director general de Música, hombre famoso por su talante abierto, ha convocado algunas veces a los medios de Información para darles cuenta de sus determinaciones y proyectos. Un servidor de esto se ha enterado por esos medios de información, porque no ha tenido el gusto de ser llamado por el director general de Música en ninguna de esas ocasiones. De las entrevistas que he visto hechas —una, eso sí, aquí en TRIUNFO— al director general de Música, únicamente he conseguido retener frases como "sólo lo malo no admite mejora" y "la música no es música celestial, aunque suene bien"; aseveraciones en sí muy respetables, pero a mi modesto entender escasamente aplicables a cuestiones tan acuciantes como las que tienen planteadas en España la música y la profesión musical. He conseguido saber también que el director general de Música tiene una discoteca muy amplia, que va desde Alban Berg a Joan Baez —curioso continuum, vive Dios—. Todo esto, la verdad, es que me aclara muy poco de la política musical que está siguiendo el director general de Música.

Por otra parte, he llegado a mis manos una carta de Juventudes Musicales de Madrid recibida en TRIUNFO —por lo menos éstos se acuerdan de uno—, en la cual se pone en solfa la labor de la Dirección General de Música. Dicha carta sostiene con argumentos bastante sólidos la tesis de que la actual política musical no hace sino continuar la nefasta de épocas pasadas. Todo eso me parece muy bien. Pero no puedo evitar la hitchcockiana sombra de una duda cuando tal carta viene acompañada de una breve nota en la que se ruega su publicación "para bien de la música española". No me suele gustar que vengan de fuera a encargarme sagradas misiones; mejos cuando quien las encarga —es decir, el firmante de la dichosa nota— ha ocupado hasta hace poco un cargo en la Comisaría de la Música, que era como se llamaba la Dirección General de Música cuando las cosas, al menos terminológicamente, estaban más claras.

Total, lector, que te confirmo lo que muchas veces has sospechado de mí: que no sé nada. Sólo que esta vez estoy por decir que me alegro de no saberlo. ■ JOSE RAMON RUBIO.